

Las culturas de todos los tiempos enseñan que hay que controlar las pasiones y, es más, en eso consiste el proceso de socialización. ¿Significa esto que hay que desterrar los odios de nuestra mente? Pues no; tal cosa es imposible y además indeseable. Sentir rabia y manifestarla es una parte esencial de la vida en sociedad. Al igual que los animales, disuadimos a los que intentan hacernos daño mostrándoles los dientes. Quién elimina la rabia está abocado a convertirse en una víctima de la cual todos se aprovechan. Los humanos somos animales recíprocos: tratamos bien a quienes nos tratan bien, y mal a quienes nos tratan mal. La evolución favoreció este comportamiento sobre otros posibles, como el de los generosos incondicionales que no esperan nada a cambio (santos), o el de quienes se benefician de los generosos sin dar nada a cambio (cínicos); ambas conductas tienden a no reproducirse, en el primer caso porque el generoso, para evitar el abuso, se vuelve condicional y en el segundo, porque los demás empiezan a desconfiar del abusador. Reaccionar de manera amenazante contra los que abusan de nosotros tiene sentido, no solo desde el punto de vista evolutivo sino también desde el moral.

Prefacio del libro  
*El viejo malestar del Nuevo Mundo*  
Mauricio García Villegas, 2023.

